



La adulación y la mentalidad del adulator

Doctor JOSE LUIS JIMENEZ GARCIA

SEVILLA.

EL aplauso suele ser la expresión de un estado emocional agradable. Se manifiesta cuando el excitante externo, ya proceda del mundo deportivo, político o artístico, es capaz de inquietar o poner tensa la afectividad del público. El alma colectiva, en contacto con su adecuado incentivo, abre sus compuertas y opérase el desbordamiento del potencial psíquico acumulado, con el ruido consiguiente.

En el aplauso auténtico, toda nuestra personalidad interviene sin restricciones, hay como una entrega completa de todo nuestro ser en el acto de producirse el mismo; esa emergencia de emotividad, esa floración de sentimientos nacidos de los ricos filones de nuestra alma no son más que, en último extremo, el natural tributo que justamente reclaman la virtud, la belleza o la gracia.

Cuando el aplauso rubrica al verdadero éxito, suele ser para el que lo merece fruto breve, partícula de gloria que al punto se desvanece, y su paso raudo por el espíritu de aquél levanta satisfacciones íntimas y marca huellas indelebles capaces de servir de estímulo para la conquista de nuevos laureles.

Ante la verdad, el error o la mentira, se puede aplaudir sincera o hipócritamente. En el aplauso hipócrita, en el falso, se aplaude lo que no está en consonancia con nuestros sentimientos y conciencia. Es el caso de los que de chufra o chacota aplauden lo que carece de interés o ha pasado de moda. El de los individuos de la claqué, encargados de encarecer los ánimos del público en el momento indicado, si por el escaso valor de la obra se teme que fracase y conviene a contrapelo imponerla y hacerla valer. Y el de los adultores, que con el pretexto de

sacar partido del mismo, halagan baja e interesadamente.

La adulación ha sido y es planta de todos los tiempos y latitudes. Pero hay épocas de la historia que se hacen más ostensibles que otras. Recuérdese aquella célebre frase de Luis XIV: «L'Etat c'est moi», exponente de las más desatinadas y ridículas adulaciones por sus mismos cortesanos y algunos literatos de su tiempo, hasta el punto que la Academia Francesa propuso un concurso para premiar al que desarrollase mejor la tesis de cuál era la virtud más destacada del Rey, que al fin tuvo el buen gusto de retirar.

Si junto a la escasez de medios, a los ciudadanos de cualquier nación se les imponen normas de vida rígidas, al quedar vacíos los huecos donde se asentaba normalmente la crítica, se facilita la subida al plano social de individuos de escaso o nulo valor espiritual. Y de igual modo que de la sociedad surgen individuos esgrimiendo como arma de abordaje la adulación y luchan por intereses mezquinos y particulares, hay otros que, sin el espíritu malsano, ni por individualismo hosco y tornadizo, sino por un sentimiento de ciudadanía, solidaridad social y patriotismo, levantan la voz en defensa del bien común, señalando que ése no es el camino, y no por erróneo, sino por pernicioso y nefasto.

Un grado moderado de adulación es humanamente admisible, como lo es el agua potable con sus pequeñas impurezas; pero el vicio en sus grados extremos, ya al desnudo o bien arropado con refinamientos de toda índole, es moral y éticamente rechazable.

No todo el mundo puede ser adulator de oficio; se requiere una personalidad especial, carente de valores espirituales y dotada de una perversidad en el plano de los sentimientos.

El adulator, pues, no es un simple estómago agradecido, ni su zalema es una expresiva deformidad de su agradecimiento, ni su elogio viene condicionado por una proporcionalidad entre méritos contraídos y lisonjas prodigadas, sino que para ensalzar le huelga toda justificación.

Elogia lo bueno y lo malo, lo eficaz y lo desacertado, y en ocasiones hasta para despreciar a un tercero. Acaricia, mimas, enorgullece, importándole poco que haya verdadero éxito en la empresa donde anda metido con tal de conseguir sus mezquinos intereses. Apaga con maña la luz de la razón para encender la llama de las pasiones. Su fachada, aparentemente agradable y de fácil disposición, encubre en el fondo una avaricia sin límites. Su teatro está montado sobre los falsos pilares de la deslealtad, la mentira y el desprecio íntimo hacia el huésped del que parasita.

El adulator no es nunca una primera serie y sí un secundón mediocre, que puede pasar hasta por inteligente si llega a acaparar cargos y hacer fortuna.

Su tropismo lo dirige hacia los puestos más encoquetados de la sociedad, pero dando siempre de lado a los hombres ejemplares y los valores auténticos. Su simbiosis la establece con las medianías y entre ellas selecciona su material entre la legión de vanidosos que viven en continua desazón porque se les reconozcan cualidades o méritos que le vienen anchos o en la de los orgullosos que continuamente nos exhiben sus excelencias, menospreciando el valor de los demás. Los méritos, si existen, son tan parcos, que necesitan presentarlos con gran aparatosisidad para atraerse la estimación de los que, por otra parte, se la ofrecen en consonancia con su avidez, robusteciendo el cordón umbilical de dependencia, sin cuya ayuda le sería imposible mantener su equilibrio psíquico.

Estas personalidades inmaduras, que, como decimos, presentan un complejo de dependencia fijado en la época infantil de ligazón con la figura maternal,

ostentan además una agresividad contenida e indiferenciada, en forma de resentimiento y hostilidad, o una sexualidad detenida en la fase narcisista de autocomplacencia, sin evolucionar hacia el amor al prójimo y altruismo; estos individuos, bajo los efectos del adulator, envueltos en el perfume embriagador de las lisonjas, desaparecido el control de su propia estimación y en ausencia de toda crítica, llegan a sospechar que lo que dicen y hacen es de aceptación general; subidos en su pedestal, terminan por convencerse de que su valer no es un espejismo, sino una realidad contrastada, ambicionando otro más elevado por que el que poseían lo juzgan ya de poca altura. Así, en ese suceder de aspiraciones sin límites, trocando lo nimio por lo extraordinario, lo casual por lo heroico, les hace caer en ese marasmo, en ese delirio de poder y endiosamiento, forma de las más depravadas y monstruosas de una conducta personal.

En general, todos los hombres son más o menos susceptibles en algún grado de adulación; a este respecto, el futuro de cada cual, en cierto modo, depende de los efectos que en su día produjo el primer aplauso.

No hay adulator que no termine por tener cautivo a su señor y un hombre preso de inmoralidad sin control ni freno es un corrompido que no hará cosa a derechas. Por otra parte inhibe y destruye todo espíritu de superación, engendrando un cerco de aislamiento difícilmente soslayable para la arribada de inquietudes próximas o remotas.

En la adulación se sepulta a la verdad y se hiere a la fe para vivir en el imperio de la mentira con toda su desesperanza. Es injusta, porque en lugar de premiar al verdadero éxito levanta ídolos falsos, aprobando deliberadamente su conducta corrompida. Impide el progreso, y los efectos de su inmoralidad caen sobre una sociedad que se siente ultrajada porque ve amenazados sus propios intereses vitales.

La adulación, como todos los grandes vicios del hombre, es genéricamente femenina, y como tal rasgo, no debe ni puede cualificar a un corazón viril con espíritu noble que, al tener conciencia de la relatividad de todo poder humano, afronta el éxito con modestia y recibe los afectos sin vanagloria.

